

EL RELOJ NO PARÓ

Desde que Javier le comunicó su traslado no deja de pensar ¿qué será de su relación? Demasiado joven para sobrevivir la distancia, o quizás no, no lo sabía, pero nada le daba indicios de una larga vida...

Enciende la radio mientras pone a calentar la pava para el mate. La imagen de él aparece en su cabeza.

Recordar últimamente era todo lo que hacía. Hace dos meses estaban sentados charlando en el auto cuando le dijo como al pasar, pedí el traslado, acá ya no tengo posibilidades de progresar. Lo miró incrédula, él sabía que ella no lo podía seguir. Luego él le restó importancia al hecho diciendo que era poco probable que se lo concedieran.

Sin embargo, desde esa tarde la distancia se instaló entre los dos como una grieta cada vez más profunda.

Ella siguió su rutina y él la suya entrelazándolas de vez en cuando.

Charlaron sobre el tema, como al pasar, en alguna que otra oportunidad. Él juraba que nada iba a cambiar. Viviría en un pueblo cercano, los fines de semanas viajarían, uno u otro, y todo seguiría igual. Pero ya nada era igual.

Hoy hacía una semana que no se veían, a Natalia los mates amargos le sabían más solitarios que nunca. No entendía la falta de noticias. Se había prometido no ser la primera en hablar, pero ella no era buena para cumplir las promesas que se hacía a sí misma. Luego de escribir y borrar varias veces el mensaje lo envió:

-Hola amor ¿Cómo estás? ¿Cuándo viajás?

Después de una larga espera el aparatito insensible le devolvió una sola palabra:

-Ayer.

Imposible describir lo que sintió. Se había marchado sin siquiera una despedida, sin un mensaje, sin una mísera muestra de haber pensado en ella.

No respondió, no sabía qué decir, o sí, pero quizás era mejor callar.

Desde la radio una melodía la envuelve, unas palabras se enredan en sus oídos: *“Penélope, triste a fuerza de esperar, sus ojos, parecen brillar si un tren silba a lo lejos”*

Trata de ignorálas, pero tercas se trepan por sus tímpanos, se clavan en su carne, se le deslizan amargas en la boca, las mastica. Sin parar de rumear, intenta tragarlas, pero no puede y en un acto de rebelión más que de convicción escupe: “Esa no soy yo”. Se arregla el cabello, se maquilla, se pone su mejor vestido y sale a la calle a desandar el reloj.